

La escuela media que queremos

Cuadernillo para docentes



**PARLAMENTO
JUVENIL**
MERCOSUR 2010

La escuela media que queremos
Parlamento Juvenil del Mercosur 2010
Cuadernillo para docentes

Coordinación General del Proyecto:
LIC. MIGUEL G. VALLONE

Elaboración:
IIPE-UNESCO Sede Regional Buenos Aires

Consultoras a cargo de la elaboración del material:
FLAVIA TERIGI y ANA ABRAMOWSKI (coordinación), ANALÍA SEGAL,
JÉSICA BÁEZ, VALERIA BUITRON, GABRIEL D'IORIO, CECILIA FLACHSLAND,
PEDRO NÚÑEZ

Esta publicación fue desarrollada en el marco del Proyecto Multinacional Parlamento Juvenil del MERCOSUR coordinado por el Ministerio de Educación de la República Argentina y financiado por la Organización de los Estados Americanos (OEA), a través del Fondo Especial Multilateral del Consejo Interamericano para el Desarrollo Integral (FEMCIDI/OEA). Las opiniones expresadas no son necesariamente las opiniones de la OEA, ni de sus órganos y funcionarios.

UNICEF coopera con el Proyecto Multinacional Parlamento Juvenil del MERCOSUR.

Realización editorial:
LENGUAJE CLARO

JÓVENES Y TRABAJO

El futuro es hoy. Jóvenes, trabajo y vida



Un caso para debatir

Este caso ha sido confeccionado tomando como referencia un artículo publicado por el Colectivo La Vaca (2006) y un capítulo del libro de Meradi, L. (2009). Se conserva el habla rioplatense del contexto original.

Acto I / Escena 1. Corre el año 2003, Lucas tiene 18 años y acaba de terminar la escuela media. Está feliz, logró ingresar en un *call center* de la provincia de Buenos Aires (Argentina) vinculado con una reconocida firma americana que en el aviso figuraba como un *contact center* internacional. Va a ganar 650 pesos (poco más de 150 dólares) vendiéndoles por teléfono a lectores españoles, en castellano neutro, la suscripción para un muy importante diario de Madrid. Para este servicio, el diario había contratado a un *call center* español, que subcontrató a la firma americana que, a su vez, subcontrató a la agencia bonaerense que convocó a Lucas.

Escena 2. Lucas descubre que las posibilidades de vender una suscripción son de 1 en 80, pero se esfuerza en castellano neutro. Sus jefes le piden que mienta para convencer a los españoles. Lucas miente y ellos celebran cuando hace una venta. Luego le hacen pagar, como a todos, parte del regalo de cumpleaños para un supervisor: un equipo de DVD. **Escena 3.** Al mes siguiente Lucas y sus compañeros reciben una pequeña sorpresa al cobrar su primer salario. Descubren que los 650 pesos se transformaron en 490. Lucas reclama por el salario. Le contestan: “¿Qué querés? Por lo menos te pagamos en fecha”. Junto a sus compañeros, Lucas comienza a hacer cosas que se consideran impropias en la empresa, como no participar en los cumpleaños de los supervisores. Peor aún, empiezan a no festejar las ventas (actividad que es acompañada con un griterío y aplausos agitados por los supervisores). **Escena 4.** La firma decide presionar a una empleada para que se vaya, por su “poca onda”, por su “poca disposición”. La pasan del turno mañana al de la noche. La joven tiene un hijo de 3 años y le resulta imposible trabajar por la noche. La presionan hasta que renuncia. Lucas se indigna y manifiesta su disgusto a la jefa de plataforma (la jefa de los supervisores), que le dice sin dudar: “Te vas ya mismo de acá”.



JÓVENES Y TRABAJO
El futuro es hoy.
Jóvenes, trabajo y vida

Acto II / Escena 1. Lucas recibe el llamado de una chica que le avisa que su currículum fue seleccionado para una entrevista. Es una empresa que vende tarjetas de crédito y tiene que presentarse a las 10 de la mañana del día siguiente: "Tenés que llevar el currículum con foto, constancia de identidad y de estudios", le dice la joven.

Escena 2. Lucas prende la computadora y revisa el currículum que confeccionó hace meses para postularse para aquel empleo. No recuerda qué cosas había inventado consultando "bolsas de trabajo" en páginas de Internet. Lee. Educación formal: bachiller, inglés nivel avanzado. Conocimientos contables: análisis de cuentas, conciliaciones bancarias, créditos y cobranzas, facturación. Pago a proveedores. Trámites bancarios. **Escena 3.** Lucas sabe que si le hacen algunas preguntas no va a saber qué contestar y llama a un amigo que trabaja en un banco. El amigo le dice, riendo: "¡Pero tenés un currículum mejor que un gerente! Te deben haber llamado para un puesto importante". **Escena 4.** Lucas ya imprimió su currículum con las experiencias laborales inventadas y solo le falta agregarle una foto. Saca la cámara digital que tiene en la mochila. "Dame, que te la saco yo", le dice el hermano. Se tientan. "Esperá, que me da risa". Lucas se cachetea un poco, se pone serio unos segundos. Su hermano saca la foto. "Buenísima. Parezco una persona triste con la esperanza de que conseguir un trabajo la hará feliz".

Acto III / Escena 1. Lucas se encuentra con Sebastián, un amigo que también tuvo su primera experiencia laboral en un *call center*. Igual que Lucas fue saltando de trabajo en trabajo, pero no dejó de tocar la guitarra y hace poco logró armar una banda. Lucas le pregunta si ya tocaron. "Ensayamos mucho, pero todavía no tocamos", le dice Sebastián, y lo invita a participar de un ensayo. **Escena 2.** Lucas se encuentra en la sala de ensayo con Sebastián y su banda. Está cansado después de caminar todo el día (ahora trabaja de vendedor de seguros para autos), pero está feliz de encontrarse con amigos. Toman unas cervezas. La banda no está mal, se entusiasma. **Escena 3.** La banda toca por primera vez en un club, en un festival de bandas. Los chicos prepararon carteles e invitaron a los amigos y, con una parte del sueldo que cada uno puso, pagaron los gastos. No ganaron nada, pero conocieron otras bandas. Están contentos con la primera experiencia.



Posfordismo. La generación postalfabética ante la experiencia del trabajo

Lucas, como tantos otros jóvenes que inician su recorrido laboral, se enfrenta a las nuevas modalidades de contratación y trabajo que propone el capitalismo globalizado. En el primer acto de la primera escena se pueden observar los efectos del pasaje de una sociedad de productores a otra de consumidores, de un capitalismo industrial, fordista y de largo plazo, a un capitalismo de servicios, posfordista y de corto plazo. Allí se revelan las condiciones de contratación de Lucas: “El diario había contratado a un *call center* español, que subcontrató a la firma americana que, a su vez, subcontrató a la agencia bonaerense que convocó a Lucas”. Entre el diario que contrata un servicio y el joven trabajador existe no solo el Océano Atlántico y la distancia territorial, sino tres agencias: la española, la americana y la agencia de la provincia de Buenos Aires. ¿Lucas vende un servicio para un diario español? Al menos eso parece (vende suscripciones) y, sin embargo, más allá del objeto, entre el primer acto y los siguientes, la escena que escogimos destaca las formas de un trabajo que exige disposiciones lingüísticas (el correcto uso del castellano neutro) y de carácter (mentir para lograr más ventas, tener buena onda, poner dinero para el regalo del supervisor, etc.) que remiten a las nuevas condiciones de trabajo posfordista. En efecto, a diferencia del fordismo, que dejaba la mente fuera de la producción (tal como enseña la película *Tiempos modernos* del genial Charles Chaplin), el rasgo central del posfordismo viene dado por el ingreso de los afectos, la comunicación y el lenguaje en la producción. Con el posfordismo, el lenguaje y la facultad de habla, ingresan en la totalidad del proceso de trabajo.

No hay una sola causa para explicar esta transformación. Pero, sea por la competencia, por las restricciones nacionales, por la crisis del petróleo y el fin del patrón oro, o por las luchas obreras, la realidad es que la recesión que produjo la crisis de la década de 1970 forzó una reorganización total de la producción, que hizo abandonar los parámetros clásicos del fordismo basados en consumo de masas, seguridad laboral, salarios más o menos altos, y economías nacionales cerradas, por una modalidad en la cual se prioriza la flexibilidad del mercado de trabajo, la polifuncionalidad del trabajador, la desconcentración laboral mediante la subcontratación, la incorporación de nuevas tecnologías informáticas y el crecimiento del área de los servicios. Como han destacado la mayoría de los investigadores, en el posfordismo el uso de la información regula los ritmos de producción de mercancías sobre la base de la demanda del mercado. Dicho de un modo más sencillo: en lugar de producir primero y buscar luego un mercado, se trata de explorar lo que el mercado demanda y regular, con esa información, la producción y el tiempo de trabajo. Este giro en el paradigma productivo tuvo lugar por primera vez en la década de 1950, en Japón –en la empresa automotriz Toyota– y se extendió al resto de Occidente hacia mediados de los años setenta. Desde entonces no ha dejado de ganar influencia hasta resultar el factor dominante de una producción cada vez más inmaterial, dominada por el uso de la información, a partir de un tipo de trabajo asociativo, vincular y lingüístico que hace uso intensivo de ese conocimiento en la producción de mercancías.

Cuando la generación de Lucas se incorpora al mundo del trabajo, estas transformaciones ya han modificado el lugar social que supo tener el trabajo en la cultura de Occidente durante casi dos siglos, pero sobre todo durante lo que Eric Hobsbawm (2003) ha llamado “los treinta años



dorados”, entre los años cuarenta y setenta del siglo XX. De ser un medio esencial de disciplina y formación, una actividad que dotaba a los individuos de un valor identitario, el trabajo fue perdiendo el valor moral que tenía para el conjunto de la comunidad. Así, la clase trabajadora, en lugar de sentirse orgullosa de pertenecer a un sector social en ascenso o a una comunidad que los reconocía por su vigor para producir la riqueza social, vive atribulada por una pérdida innegable de identidad, ante un mercado laboral extraordinariamente diversificado, reconvertido, automatizado y restringido –con el fantasma de la desocupación siempre al acecho– y una retribución salarial cada vez más desigual.

Esta pérdida de centralidad del trabajo en la vida cultural de las sociedades contemporáneas explica, al menos en parte, las razones que hacen posible que los supervisores de Lucas (trabajadores en apariencia más calificados en virtud de sus años, pero también de su osadía) puedan primero decirle “¿Qué querés? Por lo menos te pagamos en fecha”, ante el reclamo por la rebaja de sueldo, y, acto seguido, echarlo cuando reclama por una compañera de trabajo que está siendo injustamente tratada. La ausencia de sindicato ante una actividad relativamente nueva como la de los *call centers* habla del deterioro de las protecciones y la dificultad que tienen los propios sindicatos para convencer a los más jóvenes de la necesidad de asociarse. Pero el modo en que Lucas es tratado por sus supervisores revela también otra cosa: que el posfordismo, aunque dentro de sus consignas enarbole la del trabajo cooperativo y en equipo, está lejos de haber disuelto las jerarquías laborales. La generación postalfabética –llamada así porque se vale del dominio de los símbolos y las imágenes– empieza a descubrir que los nuevos trabajos pueden generar experiencias interesantes, pero también coacciones mayores que las sufridas por generaciones anteriores.

Alta rotación. La formación del currículum vitae y el estatuto de lo precario

El segundo acto presenta una situación que nos interesa porque remite a la formación del currículum vitae (CV) de Lucas, y, sobre todo, al significado que tiene en el posfordismo producir una imagen de sí: incluso para los trabajos menos calificados se exige un cierto tipo de perfil y experiencia. En la sucesión de actos se observa que Lucas produce (inventa) el CV y sabe que si le hacen preguntas sobre su experiencia laboral no va a saber qué contestar. Por otra parte, la proyección de la imagen personal es tan importante que vale tomar el último gesto referido a la foto como un dato central: “Buenísima. Parezco una persona triste con la esperanza de que conseguir un trabajo la hará feliz”. No hay que esperar a la explosión del *fotolog* y las redes virtuales para advertir cuán importante resulta la imagen en la vida contemporánea y en el mundo del trabajo. No obstante, el detalle no es menor: Lucas juega con ironía juvenil el juego de supervivencia que, imagina, juegan los desempleados crónicos: parecer triste, parecer necesitado.

Fotolog (en inglés, *log* significa “diario” o “cuaderno de bitácora”) es una red de Internet que se usa para subir y compartir fotos. Fotolog.com tiene más de 22 millones de miembros en más de 200 países. Para más información: <http://www.fotolog.com/>

Las primeras experiencias de trabajo de jóvenes como Lucas son un registro de situaciones de precariedad en las cuales los denominadores comunes son los bajos sueldos, la exigencia empresarial de flexibilidad horaria y la presión sobre la disposición anímica para sostener la calidad del servicio ofrecido (venta, entretenimiento o atención al público). Es cierto que los jóvenes no dejan de moverse en bus-



ca de alternativas, pero, como enseña el caso de Lucas, resulta difícil estabilizar una vida bajo el acecho de la precariedad.

Pero hay otro detalle para tener en cuenta: Lucas es un joven de clase media que busca trabajos en el sector de servicios (en el *call center*; en la empresa de tarjetas de créditos, vendiendo seguros para autos). Pero esta no es la situación de todos los jóvenes y las jóvenes que hacen sus primeras experiencias laborales. Muchos ni siquiera acceden a los puestos flexibilizados y precarios del capitalismo de servicios, y con suerte consiguen una vacante en los rubros menos calificados vinculados a la industria y a la producción.

En la década de 1970 el empleo precario comenzó a extenderse en Occidente, pero, en el marco de las políticas proteccionistas de los Estados de Bienestar, todavía se lo consideraba una anomalía a superar. En los años noventa, ante la crisis de las políticas bienestaristas, se impuso como valor dominante la competencia salvaje y avanzaron las desregulaciones a las protecciones laborales. La mayor parte de los nuevos empleos que se generaron desde entonces, en nuestros países, fueron precarios. En el marco de altas tasas de desocupación, lo que era una tendencia anómala se consolidó socialmente, y el modelo de trabajo asalariado estable fue puesto en entredicho. Trabajos como el de Lucas no solo parecen plasmar el retorno a la falta de garantías, sino, además, colocar a los jóvenes ante la experiencia de la corrosión del carácter. *La corrosión del carácter* es el nombre de un libro escrito por el sociólogo norteamericano Richard Sennett (2001). Allí, el investigador pone la lupa sobre lo que llama “las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo”. En efecto, el carácter de los individuos –aquel núcleo de la personalidad cuya fortaleza descansa en la posibilidad de proyectar un futuro– es el más afectado por la experiencia de la flexibilidad, esto es, por la

exigencia de asumir riesgos sin ningún tipo de protecciones contractuales que se correspondan con el trabajo realizado. En otras palabras: el trabajo precario, desregulado y flexibilizado, no solo repercute en el sueldo de bolsillo de las personas, sino que tiene importantes consecuencias subjetivas.

Por otro lado, continúa, Sennett, la lógica del capitalismo actual se resume en la frase “nada a largo plazo”. La flexibilidad, dice este autor, pone en cuestión la rutina, y, además, exige de los individuos apertura y disposición al cambio, exige que el riesgo sin garantías se transforme en una cualidad de los individuos. Para Sennett, el régimen de poder flexible afecta a los más jóvenes, quitándoles la idea de carrera y los objetivos de largo plazo. Sin horizonte, los jóvenes tienen entre sus manos fragmentos de trabajo y vida. La corrosión los afecta de un modo todavía impensado. En este sentido puede entenderse por qué, para jóvenes como Lucas, que viven y sufren estas transformaciones, la palabra “cambio” pueda significar menos un desafío de crecimiento personal que estar, una vez más, a la deriva.

¿Una vida realizada? Entre el trabajo y los consumos culturales

La pérdida de centralidad del trabajo y el atractivo que ejercen sobre los jóvenes las industrias culturales –moda, música, cine, tévé, web– son fenómenos concomitantes que han desplazado las preguntas por la identidad del mundo del trabajo al mundo de los consumos culturales. Así, ante preguntas tales como “¿quién soy?” o “¿qué me define como persona?”, la mayor parte de nuestros jóvenes se inclinan más por destacar gustos y preferencias artísticas, deportivas, culturales, que la actividad laboral.

Hay un texto de la socióloga argentina Maristella Svampa: “Identidades astilladas. De la patria



JÓVENES Y TRABAJO
El futuro es hoy.
Jóvenes, trabajo y vida

metalúrgica al *heavy metal*” (2000), que tal vez nos sirva para pensar la relación entre identidad, trabajo, jóvenes. En su investigación, Svampa realiza una serie de entrevistas a trabajadores metalúrgicos argentinos de tres generaciones, mostrando crudos contrastes. Entre los testimonios, está el de Roque, un operario calificado de veinticuatro años que trabaja en una empresa automotriz. Para él, el sindicato tiende a ser confundido con la obra social, poco serio en sus respuestas a las verdaderas necesidades de los trabajadores, “mentiroso” y en algunos casos, “vendido” a la patronal. Para los delegados, Roque es el caso típico del joven trabajador díscolo y despolitizado que se afilia y desafilia al sindicato según el mal humor del momento.

En la entrevista, Roque no niega sus raíces sociales pero reivindica para sí una identidad tribal. Se trata de comunidades emocionales, dice Svampa, en las cuales se gestan, afirman y cambian identidades cada vez más fragmentarias, relativas y flotantes. Roque cuenta con un grupo de referencia –los *heavy*– que parecen darle una identidad tribal relativamente estable: “Nosotros le decimos la tribu, porque somos todos iguales”. Roque sonríe, dice Svampa, “mientras nos muestra los numerosos tatuajes que cubren su cuerpo y nos habla del atuendo que lo identifica como *heavy* (pantalones camuflados, remeras negras dibujadas), aparentemente sin reparar que aquello que nos está señalando es el overol azul que comparte con los otros trabajadores”.

El caso de Roque resulta así arquetípico: la política le parece sucia; el sindicato, vendido; el trabajo, un instrumento de satisfacción de necesidades. Más claramente: ni el trabajo, ni la política, ni el sindicato resultan índices de identidad. Lo mismo sucede con Sebastián, el amigo de Lucas, y con el propio Lucas, cuyo entusiasmo no parece estar ligado al trabajo. Lo que sucede fuera del trabajo, incluso en sus variaciones, tiene una con-

tinuidad que dota de identidad a Sebastián, Lucas y Roque. La intensidad vital de estos jóvenes parece jugarse en la música que tocan y escuchan, en la identificación que proponen ciertos estilos (en el caso de Sebastián y Lucas, el rock barrial; en el de Roque, ese rock pesado que, a pesar de lo que él mismo cree, tiene no poco que ver con su propio trabajo). Lucas, Sebastián, Roque –y con ellos, miles de jóvenes– se reconocen más en la tribu que en el taller, más en la esquina del barrio con sus amigos que en la empresa metalúrgica o en el *call center* con sus compañeros de trabajo.

También Reguillo Cruz (2000) ha puesto de relieve este fenómeno. La investigadora mexicana afirma que jóvenes de toda América Latina tienen una relación instrumental con el trabajo y hace décadas que han dejado de depositar en él expectativas de movilidad social ascendente. Esta falta de expectativas (que incluye a la institución escolar y la familia) ha sido aprovechada por la industria del entretenimiento con el objeto de multiplicar y segmentar en forma cada vez más precisa el deseo de los jóvenes, de edades y sectores sociales diversos: para cada uno, su objeto seductor y evanescente, y luego uno nuevo, y así, al infinito.

Si bien el mercado de consumos culturales ha interpelado mejor a los jóvenes que el mundo del trabajo y la escuela, es sabido que la actual sociedad del conocimiento exige una alta cualificación para acceder a un buen trabajo, mientras que se reconoce salarialmente a un sector muy reducido de los trabajadores.

Sea como fuera, para jóvenes trabajadores como Lucas o Roque, parece claro que la identidad no pasa por el trabajo. Pero en la otra punta de la escala, en los trabajos altamente calificados se produce el fenómeno contrario: no hay diferencia entre trabajo y vida, y la totalidad de la vida es puesta al servicio de la empresa. Es el caso de muchos de los trabajadores cuyas tareas están ligadas al desarrollo de tecnologías



digitales sofisticadas, el mercado de servicios a gran escala o los flujos globales del capital financiero. Se trata de trabajos no rutinarios, con horarios y tareas flexibles, en los que prevalecen los “proyectos” y los “objetivos”. La exigencia –implícita o explícita– de entrega y compromiso con la empresa es tal que se termina desdibujando dónde y cuándo termina el “trabajo” y dónde y cuándo empieza la “vida”.

Las manchas del tigre. Infancia, trabajo y explotación

El capitalismo contemporáneo es pues, como dice el filósofo italiano Paolo Virno (2002), un tigre con muchas manchas, un archipiélago complejo de muchas islas en el cual conviven el trabajo esclavo (con la explotación de inmigrantes, mujeres y niños en talleres clandestinos, sobre todo de confección de indumentaria) con nichos de innovación en los servicios y en la investigación (*pools* de inversión, asesoramientos financieros, innovación de *software* y *hardware*); el trabajo por cuenta propia con las viejas y las nuevas modalidades de trabajo en la ganadería y la agricultura, las grandes cadenas de espectáculo, turismo y entretenimiento, con el trabajo formal e informal en pequeñas y medianas industrias.

Entre todas estas formas de trabajo, es preciso destacar aquello que la legislación ha denominado “trabajo infantil”, una forma distinta de la que hemos observado en los casos de Lucas, Sebastián o Roque. “Trabajo infantil” alude específicamente a las tareas realizadas por niños y adolescentes que los privan de su potencial, de su dignidad y que resultan perjudiciales para su desarrollo, tanto físico como psicológico. Según la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño (1989, Artículo 32) se trata de “cualquier trabajo que pueda ser peligroso o entorpecer su educación, o que sea nocivo para su salud o para su desarrollo físico, mental, espiritual, moral o social”.

Un solo dato nos puede dar una dimensión cuantitativa y cualitativa del problema. Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en América Latina y el Caribe más de cinco millones de niñas y niños se desempeñan en la agricultura y otros sectores de alto riesgo como la minería, los basureros, el trabajo doméstico y la pesca, con consecuencias lesivas para su existencia. Para la OIT, la tarea prioritaria consiste en formular sistemas de control, denuncia y seguimiento del trabajo infantil, esto es, promover acciones concretas de protección de la niñez y de erradicación del trabajo infantil. La integración del tema del trabajo infantil en la agenda del MERCOSUR, la promoción de una legislación conjunta de lucha contra el trabajo infantil y otras formas de explotación –la utilización de niños y niñas en conflictos armados, tráfico de drogas, turismo sexual– son tareas prioritarias del presente, y exigen no solo celeridad de los gobiernos, sino y quizás sobre todo, activa participación de la sociedad civil de nuestro continente.

Vale la pena que el debate sobre los jóvenes y el mundo del trabajo se vincule con la pregunta por la “escuela media que queremos”. En principio, habría un acuerdo en afirmar que es fundamental que la escuela brinde una buena formación para que los jóvenes y las jóvenes logren insertarse satisfactoriamente en el mundo laboral. Pero es sabido que las condiciones laborales del mundo actual son muy injustas, y que no alcanza con estar bien formado para conseguir un buen empleo. La escuela puede ser un espacio propicio para identificar estas injusticias, y para hacer que los adolescentes conozcan los derechos laborales y los mecanismos para defenderlos. También la escuela puede ser un buen lugar para discutir qué lugar ocupa lo laboral en la experiencia de vida de las personas y para acompañar a las jóvenes y los jóvenes en sus búsquedas e inquietudes a la hora de elegir un trabajo.



Cómo tratar el tema

Las preguntas para debatir sobre este tema buscan que los estudiantes identifiquen las características del trabajo precario, para ser conscientes de las condiciones de contratación y laborales vigentes en el mercado de trabajo actual.

Es importante identificar la precariedad de las protecciones y garantías, como así también pensar en las vías posibles (legales, sindicales, etc.) para obtener dichas garantías y para que los derechos laborales no sean vulnerados.

También hay una pregunta que apunta a desmenuzar qué se considera hoy como un “buen trabajador”. El objetivo es abrir esta expresión, ver todas sus aristas, y discutir si acuerdan o no con los rasgos actuales del “buen trabajador”, para construir sentidos propios sobre esta definición.

Otro punto importante es discutir con los estudiantes qué lugar creen que tendrá –o tiene, si es que ya trabajan– el trabajo en sus vidas, si será un organizador, si les permitirá construir proyectos o si privilegiarán el aspecto instrumental. ¿Vida y trabajo van por carriles separados? ¿Pueden juntarse o al menos intersectarse?

Para obtener más información

Sitios en Internet

OIT. Organización Internacional del Trabajo .

<http://www.ilo.org/global/lang-es/index.htm>

Programa IPEC (Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil), OIT.

<http://www.ilo.org/ipec/programme/lang-es/index.htm>

Películas

Prisioneros de la tierra (Mario Soffici, 1939), *Mundo grúa* (Pablo Trapero, 1999), *La fiaca* (Fernando Ayala, 1969), *Los inundados* (Fernando Birri, 1962), *Mala época* (Nicolás Saad, Mariano De Rosa, Salvador Roselli, Rodrigo Moreno, 1998), *Bolivia* (Caetano, 2001), *Quebracho* (Ricardo Wullicher, 1974), *La tregua* (Sergio Renán, 1974), *La patagonia rebelde* (Héctor Olivera, 1974), *Los hijos de Fierro* (Fernando Solanas, 1972), *Operación Masacre* (Jorge Cedrón, 1972), *Las aguas bajan turbias* (Hugo del Carril, 1952), *Ciudad de María* (Enrique Bellande, 1999), *Sólo por hoy* (Ariel Rotter, 2000), *La libertad* (Lisandro Alonso, 2001), *Silvia Prieto* (Martín Rejtman, 1998), *Bonanza* (Ulises Rosell, 2001), *Metrópolis* (Fritz Lang, Alemania, 1927), *Tiempos modernos* (Charles Chaplin, Estados Unidos, 1936), *Germinal* (Claude Berri, Francia, 1993), *Ladrón de bicicletas* (Vittorio de Sica, Italia, 1948), *Riff-Raff* (Ken Loach, Inglaterra, 1991), *La camioneta* (Stephen Frears, Inglaterra, 1996), *Recursos humanos* (Laurent Cantet, Francia, 1999), *El empleo del tiempo* (Laurent Cantet, Francia, 2001), *Dogville* (Lars von Trier, Dinamarca, 2002), *Los lunes al sol* (Fernando León de Aranoa, 2002), *Tocando el viento* (Mark Herman, Inglaterra, 1997), *The Full Monty* (Peter Cattaneo, Inglaterra, 1997), *La clase obrera va al paraíso* (Elio Petri, Italia, 1971), *Novecento* (Bernardo Bertolucci, Italia, 1976), *En construcción* (José Luis Guerín, España-Francia, 2001).



Bibliografía

- Bauman Z. (1998), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.
- Berardi, F. (2007), *Generación post alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, Buenos Aires, Tinta Limón, Segunda bifurcación.
- Castel, R. (2004), *La inseguridad social*, Buenos Aires, Manantial.
- Colectivo *La Vaca* (2006), “Explotación y marketing. ¿Sabe dónde trabaja su hijo?”, publicado en *La Vaca*, el 01/08/2006. En: <http://lavaca.org/seccion/actualidad/1/1401.shtml> [consultado el 20 de agosto de 2009].
- Deleuze, G. (1999), “*Poscriptum* sobre las sociedades de control”, en *Conversaciones 1972-1990*, Valencia, Pretextos.
- Gorz, A. (1997), *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, Sistema.
- Hobsbawm, E. (2003), *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica.
- Meradi, L. (2009), *Alta rotación. El trabajo precario y los jóvenes*, Buenos Aires, Tusquets.
- Reguillo Cruz, R. (2000), *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires, Norma.
- Sennett, R. (2001), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Svampa, M. (ed.) (2000), *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.
- Virno, P. (2002), *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Buenos Aires, Colihue.